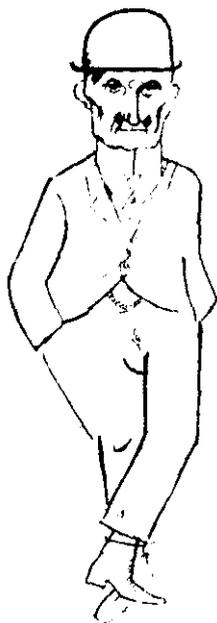


La democracia inacabada. Una réplica alemana a las tesis de Francis Fukuyama*

Ulrich Beck**



El lector de periódicos que cada mañana "echa una ojeada al mundo" para verlo como de costumbre, en blanco y negro, se pregunta no sin ansiedad: ¿Existe hoy todavía la OTAN? ¿Acaso durante la noche se reunificaron los alemanes de nuevo? ¿Ocurrió a la fuerza o cómo sucedió? ¿Qué planes tiene Gorbachov para hoy? Y ¿Europa?, ¿se deslizó entre África y Asia?

Sólo nos faltaba que en estos tiempos sorprendentes llegara del otro lado del Atlántico el grito triunfal de: "¡Venció la democracia, la historia ha terminado!" ¿Qué está sucediendo en realidad?

El meollo de las muy controvertidas tesis de Francis Fukuyama está en que reacciones tan espontáneas como las mencionadas arriba no lo tocan a él en lo más mínimo. Fukuyama es jefe de planeación en el Ministerio de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos, por lo que se puede sospechar que toma parte en el diseño de la política mundial para los años noventa. "Occidente ganó la guerra fría", se podía leer en una

* Ensayo intitulado "Die unvollendete Demokratie", tomado de la revista *Der Spiegel*, 18 de diciembre de 1989, págs.186-187.

**Ulrich Beck es profesor de sociología en la Universidad de Bamberg, y autor del libro *Risikogesellschaft: auf dem Weg in eine andere Moderne* (Sociedad en peligro: en la senda hacia otra modernidad), Suhrkamp, Frankfurt, 1986.

invitación que me llegó hace poco de la cancillería del estado de Hessen (RFA) para participar en un debate acerca del futuro.

¡Por fin se ganó una guerra! Pero este triunfo no se refiere a las ansias de reivindicación de los vencidos: drogadicción, desempleo, criminalidad, pobreza. La duquesa Doenhoff, periodista liberal, un tanto irritada replicó que Occidente haría muy bien en poner orden en su propia casa antes de postular el *American Way of Life* como última etapa de la historia. Pero Fukuyama no es un estratega al estilo *cowboy*. Se trepó en los hombros de los viejos maestros pensadores como Hegel, Marx y Max Weber para echar un vistazo al futuro. Desde su perspectiva, los actuales eventos en Europa Oriental representan una victoria póstuma de Hegel sobre Marx, ya que al tomar en cuenta los movimientos democráticos se tendrá que redescubrir de nuevo la fuerza de las ideas en la historia.

Sin duda que atrae *Karstadt* (una cadena de tiendas de servicio de la RFA, muy frecuentada por los visitantes de la RDA después de la caída del muro). Pero, claro está que también es el grito por la democracia y la libertad de millones de personas ajenas al poder lo que pone de rodillas al totalitarismo armado hasta los dientes. Además, también con ello se desmorona el sistema de coordenadas de la política mundial y el punto ideológico de Arquímedes de los bloques económicos y militares surgidos después de la Segunda Guerra Mundial, no sólo en Europa, sino en todo el mundo. Aquello que triunfa, incluso termina por perder la fuerza que le proporciona la utopía. La guerra fría terminó en una mezcolanza de votaciones libres y consumismo. Lo que permaneció y lo que surgió, como parte de un rompecabezas de sistemas, fueron variaciones de conflictos entre mercado y planificación; democracia, dictadura y socialismo, en un espectro que va de Suecia hasta Sudáfrica, incluyendo

combinaciones de un socialismo de corte liberal en los países del Este.

No estamos en el punto de acceso a la paz mundial eterna, sino más bien en el punto de partida de la reaparición de viejos conflictos entre minorías étnicas, regionales, religiosas y nacionales, sin excluir la posibilidad de la guerra. No se trata entonces del fin de la historia, sino más bien de la historia animada por el enfrentamiento y la competencia de modelos de un-mundo-mejor. Los perdedores son los intelectuales de oposición que cultivan nostálgicamente sus utopías en boga de una "tercera vía". Pero, según Fukuyama, la cultura occidental también sufre la pérdida de sus expectativas históricas en un futuro de "tecnologías en pequeño".

¿Se puede hablar de un realismo saludable? ¿Se trata de un juego de cuentas de vidrio con mil variables desconocidas? ¿O tal vez, el conflicto que —según Fukuyama— conduce al fin de la historia contiene los elementos de otra época que empieza ahí donde la otra termina? La pregunta clave que desplaza a la multitud de interpretaciones que hasta ahora se han hecho es la siguiente: ¿por qué un sistema militarizado, incluso dentro de las empresas, que utilizó durante 40 años todos los instrumentos de poder para mantener copados a los individuos hasta en la comprensión de sí mismos y forzando su consentimiento, se derrumba de golpe cuando estos individuos empiezan a transgredir las barreras de su miedo exigiendo Democracia; la *D* maltratada de la República Democrática Alemana? En contra de todas las explicaciones fabricadas al instante, es necesario sostener: no existe revolución alguna que surja de la nada, de la ausencia de organización, del conformismo vigilado, sin instrumentos de poder, sin copiadoras, sin teléfono, y que sea capaz de obligar a los detentadores del poder, por medio de una manifestación en una plaza, a denunciarse a sí mismos, a reformarse y a entregar el



poder, no en cosa de diez o dos años, sino en cuestión de unos cuantos días y semanas. Esto es, con todo el respeto que nos merece la realidad, un burdo cuento de hadas que ahí se nos representa. O es que a la transformación de la realidad le sigue la transformación del pensamiento sobre la misma.

¿De qué conflicto se trata, entonces, cuando la opresión —vigente durante décadas— es eliminada de manera pacífica, y se presenta la autorrevolución del sistema, de un sistema que se arroja repentinamente sobre las alas de "lo imposible" y de "lo prohibido", sobrepasando incluso hasta los sueños más atrevidos de sus iniciadores?

En primer lugar, llama la atención la insurgencia de individuos "realmente existentes" en contra de un "sistema" que supuestamente los dominaba hasta la médula. No sólo la economía planificada está en bancarrota. También la teoría de sistemas —que piensa a las sociedades haciendo abstracción de los sujetos— ha sido en lo fundamental refutada. Parecería que en una sociedad sin consenso, sin núcleo legitimador, un vendabal provocado por el grito de libertad basta para que se derrumbe el castillo de naipes del poder. Lo suave —las orientaciones, las esperanzas, las ideas y los intereses de los seres humanos— triunfa sobre lo duro —la organización, lo establecido, lo poderoso, lo armado.

Europa del Este se ha convertido en una gran iniciativa ciudadana que va siendo rebasada por su mismo éxito avasallador.

Las diferencias entre los ciudadanos que se han salido con la suya, tanto en el este como en el oeste, están a la vista y han sido mencionadas en múltiples ocasiones, pero poco se ha hablado de las cosas que tienen en común, tales como: vinculación con la base, acciones no-parlamentarias, independencia de los partidos y clases sociales —algo difusos y divididos en cuanto a la organización y lo programático—. También su papel de "lavaplatos" políticos, en el este y en el oeste, es parecido: han sido incriminados, atacados, ridiculizados, para después pasar a redactar el programa del partido (como el Partido Verde en Alemania) o una declaración gubernamental. Así ha sucedido con cuestiones de ecología, de feminismo y de movimiento pacifista, hoy rebasados por la democratización galopante en Europa del Este.

El fenómeno más inesperado, más sorprendente y menos comprendido de los años ochenta es el renacimiento imprevisto de una enorme subjetividad. Aquí (en la RFA) han sido los grupos de ciudadanos, en contra de la resistencia de los partidos políticos y de las ciencias establecidas, los que han logrado que se incluyan en el orden del día de la discusión política los temas de nuestro mundo amenazado. Mientras se siguen tomando medidas que nos ponen en peligro, hablar de ecología se ha convertido en una moda generalizada.

En Europa del Este, los pequeños grupos obstinados en la defensa de los derechos civiles tienden a convertirse en movimientos populares que esbozan de nuevo los trazos del edificio estatal.

En resumidas cuentas: la subversión democrática ha logrado una victoria impresionante; en el caso alemán, consistente en la ruptura con una cultura de lo

cotidiano fijada autoritariamente, la cual permitió anteriormente toda clase de insensateses y de locuras burocráticas a través de la obediencia a toda costa.

Llama la atención que aquellos que en estos momentos gozan con el uso de la palabra "revolución", normalmente piensan en la calle como el lugar de reunión de la "chusma".

Los sucesos nos enseñan también, en forma insistente, que los levantamientos desde abajo, si no son apoyados por una revolución desde arriba, se enredan en el poderío de la burocracia. En los días determinantes, alguien desde una posición clave tuvo que haber impedido el despliegue de poderío del Estado contra la "contrarrevolución". Hungría 1956, Checoslovaquia 1986, la China de la primavera de este año (1989) comprueban lo mismo, pero lamentablemente con resultados opuestos. Nadie hubiese pensado qué tanto, tras el Saulo forjador de la patria comunista, se escondía la posibilidad de convertirse en Pablo. Es sorprendente la predisposición a contracorriente de un aparato de poder de corte estalinista a reformarse a sí mismo.

Es posible que los Gorbachov, Jaruzelski, Modrow y sus colaboradores en todos los niveles de la jerarquía, lleguen demasiado tarde; es posible que caigan víctimas de nuevas corrientes o de sus contracorrientes. Sea como sea, es innegable su existencia en un sistema de control, cuya perfección mil veces promulgada ni siquiera pudo evitar el ascenso de los luteranos hacia el centro de poder.

El desmoronamiento del poder del PSUD en la RDA (Partido Socialista Unificado de Alemania), mucho habla en favor de la apreciación del historiador Lutz Niethammer, en el sentido de que fue sellado, marcado, acompañado, acelerado y ejecutado por un conflicto generacional, por una revuelta de jóvenes que retoma las experiencias del 68 en la RFA. Los nacidos después de la

guerra arrebataron el poder a los "ancianos" —la generación fundante—, cuya autocomprensión y conciencia de misioneros antifascistas se perdió o se petrificó en la incomunicación que reinó entre las generaciones.

Aparte de todas las diferencias, destacan aquí también las semejanzas con las inquietudes de los ciudadanos en Occidente. Que nadie se engañe en relación con la tormenta de la próxima catástrofe química, nuclear o ecológica. Por debajo de la superficie del actuar conformista, se cuele subrepticamente, no a través del plan de estudios ni de la hoja de trabajo, la crítica ecológica en todos los campos de acción. Esta desequilibra la rutina cotidiana, divide en forma imperceptible, aun sin ubicación política precisa, a los actores industriales, incluyendo a las esferas de ejecutivos de la industria química, en razón nada menos que de las preguntas apremiantes que también plantean los niños a sus padres, quienes cargan con esa responsabilidad.

En tercer lugar, resalta la transnacionalidad de la dinámica del conflicto. Pese a su legítimo orgullo, la revolución de noviembre en la RDA es un producto tardío de la nueva Internacional Democrática en Europa del Este, impensable sin el ejemplo palpable de la hoy renovada Unión Soviética, sin el valor cívico en Hungría y Polonia. La palabra "libertad" ha sido revalorada en Alemania como traducción de *perestroika*. Incluso el muro fue abierto en y desde Hungría. Sólo gracias a la ola de refugiados de la RDA (que empezaron a salir por la frontera abierta entre Hungría y Austria) fue que la sociedad de la RDA empezó a salir a la calle. Se puede decir que el motor del desmoronamiento del poder ha sido —y sigue siendo— una especie de huelga general transnacional.

La interdependencia transnacional también es una de las características de la crisis ecológica. En el caso de la muerte ecológica del Mar del Norte y del Adriático, todos los países con litorales sufrirán las consecuencias

del desastre causado por los países industrializados de Europa Central, legal la mayoría de las veces y bajo condiciones de irresponsabilidad premeditada. Todavía la protesta contra esta situación se concentra en saber que esto se tendría que haber hecho público, lo que deja ver lo desesperante de la situación. ¿Qué sucedería si se impusiera este problema y reinara en verdad la desesperanza?

Francis Fukuyama, el Hegel en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Estados Unidos, tiene razón al decir que la confrontación entre Este y Oeste, como mentalidad de *bunker* ideológico, se disuelve aquí y allá.

Y no la tiene porque, en cambio, afloran conflictos entre sistema y ciudadano, entre democracia prometida y democracia negada, tanto en el Este como en el Oeste. Allá en lucha por los derechos básicos elementales; acá, en lucha por derechos que se conceden a medias. La "cuestión de la democracia" (Helmut Dubiel) se ha despertado nuevamente a nivel mundial.

A fines de los años sesenta, Hannah Arendt consideró a la democracia como la fuerza dominante de "la rebelión que avanza a nivel mundial". Para ella, el polo contrario es el "gobierno impersonal" de la burocracia que deja caer cualquier resistencia en el vacío y la convierte en una cuestión de principios o de terrorismo. Frente a tal situación, el "gobierno de alguien" del partido comunista todavía ofrece la ventaja de ser identificable.

En relación con los avances en el campo de la tecnología de genes y su futuro aprovechamiento en gran escala —los que sin duda modificarán la sustancia humana de la sociedad del futuro— no existe ni lugar ni sujeto de decisión. Ni siquiera existe algo parecido a una decisión. Se avanza un poco en este terreno, un poco en este otro, hacia posiciones subalternas, con puntos de vista que obedecen a distintas prioridades (carrera, competencia, apertura de mercados, inversiones). Ocupar un lugar en el parlamento para ventilar



estos asuntos es algo tan absurdo como si los esquimales quisieran usar traje de baño.

Fukuyama no menciona ni una sola palabra acerca de los retos de la democracia, originados por el éxito del sistema industrial: la ecología y la tecnocracia.

Queda completamente abierto el interrogante teórico y práctico de cómo resolver democráticamente el reto universal del sistema industrial productor de riquezas y de destrucción.

Es aquí donde radica la tarea central de la Europa del futuro, y con ello la posibilidad de un desarrollo

conjunto de las dos Alemanias. ¿Surgirá de ahí una Alemania europea o una Europa alemanizada, ante lo cual se horrorizan no solamente los europeos? Y, ¿se logrará conservar y ampliar la promesa de democracia, frente a un industrialismo desencadenado que engendra la tecnocracia con su producción de peligro, sólo amortiguado por los índices de bienestar?

*Traducción del alemán de:
Rolf Kral y Guillermo Zermeño*